



15 de diciembre de 1889¹

Las fuentes de la alegría: fe, obediencia, pureza.

Santa María Eugenia de Jesús.

Mis queridas hermanas:

Solo os recordaré que el tiempo de Adviento es un tiempo de esperanza y alegría. Pero, ¿en qué se basa la alegría religiosa? Se basa, en primer lugar, en la pureza de conciencia. Lo que hace que las religiosas tengan alegría es que están en paz, que confían en Dios y tienen la conciencia lo suficientemente tranquila como para que, si nuestro Señor viene a buscarlas de repente, estén preparadas y tengan aceite en sus lámparas. Este es el primer fundamento de la alegría religiosa.

El segundo está en la obediencia, que les hace cumplir con sus deberes con la mayor fidelidad posible. Cuanto más abandonadas estamos en manos de nuestras superiores, más sencilla y confiada es la obediencia, y más alegría tenemos. Cuando tratamos con religiosas y encontramos a alguna que tiene alguna pena, alguna tristeza, casi siempre es porque tiene algo que reprochar, porque no es feliz, o porque no está plenamente abandonada en manos de sus superiores. Si se obedeciera con fe, convenciéndose de que se hace la voluntad de Dios al hacer lo que la obediencia exige, esto sería una fuente de alegría.

Por último, otra gran fuente de alegría es la fe viva y el amor a nuestro Señor. Cuando le preguntaron a monseñor de Ségar, que se había quedado ciego, si no estaba triste por no poder ver ya todas las cosas de este mundo, él respondió: «¡Pero lo que veo en mi interior es mucho más hermoso! Si pudiera ver todavía San Pedro de Roma, lo encontraría muy hermoso. ¡Lo que veo en mi interior es mucho más hermoso y nunca me cansa!». En efecto, su fe viva y su amor ardiente lo mantenían siempre atento a Aquel que habita en nuestro interior. ¿Qué puede dar más alegría al alma religiosa que amar ardientemente a nuestro Señor y hacer de su amor el centro y como el sol de su vida?

Hasta Navidad, procurad desarrollar estos principios en los que se basa vuestra alegría. Nuestra alegría no es la de la gente del mundo. En todas partes, incluso en los países heréticos, la Navidad es un tiempo de gran alegría, pero que no se basa en la verdadera

¹ Capítulo inédito

fe. Es una alegría puramente humana, mientras que la nuestra se basa en la fe, en la obediencia, en la pureza de conciencia, y nuestro Señor también se alegra de venir a nosotras, viene con consolación.

En esta gran ciudad de París hay sin duda almas muy santas que lo recibirán, pero son muy pocas en comparación con el gran número de indiferentes que no piensan en él. Este pobre Señor es expulsado de todas partes y busca en las casas religiosas corazones que le estén abiertos por la pureza de conciencia, la pureza y la obediencia.

Esto es realmente *dar la vida por los hermanos*, y cada una de nosotras tiene su parte en este aspecto del Buen Pastor y puede y debe llegar hasta ahí en el servicio al prójimo y dedicación a las almas. Buscad en vosotras mismas, y si no encontráis que habéis progresado en estas virtudes sólidas y necesarias, proponeros durante este Adviento renovaros por completo para seguir a nuestro Señor pobre, obediente, aniquilado, despojado de todo, caritativo, paciente, entregado a las almas.

Nunca olvidaré que la primera vez que la madre Teresa-Emmanuel recibió una gran gracia fue después de haberse preparado durante el Adviento con una devoción extrema a la Santa Infancia. Tenía constantemente ante sus ojos a nuestro Señor aniquilado en este misterio y se esforzaba de manera especial por hacer todo por él, por darle todo durante este tiempo que precede a la Navidad. Fue entonces cuando recibió de Dios una de esas gracias que se apoderan del alma y la consagran más particularmente al amor y a la oración.